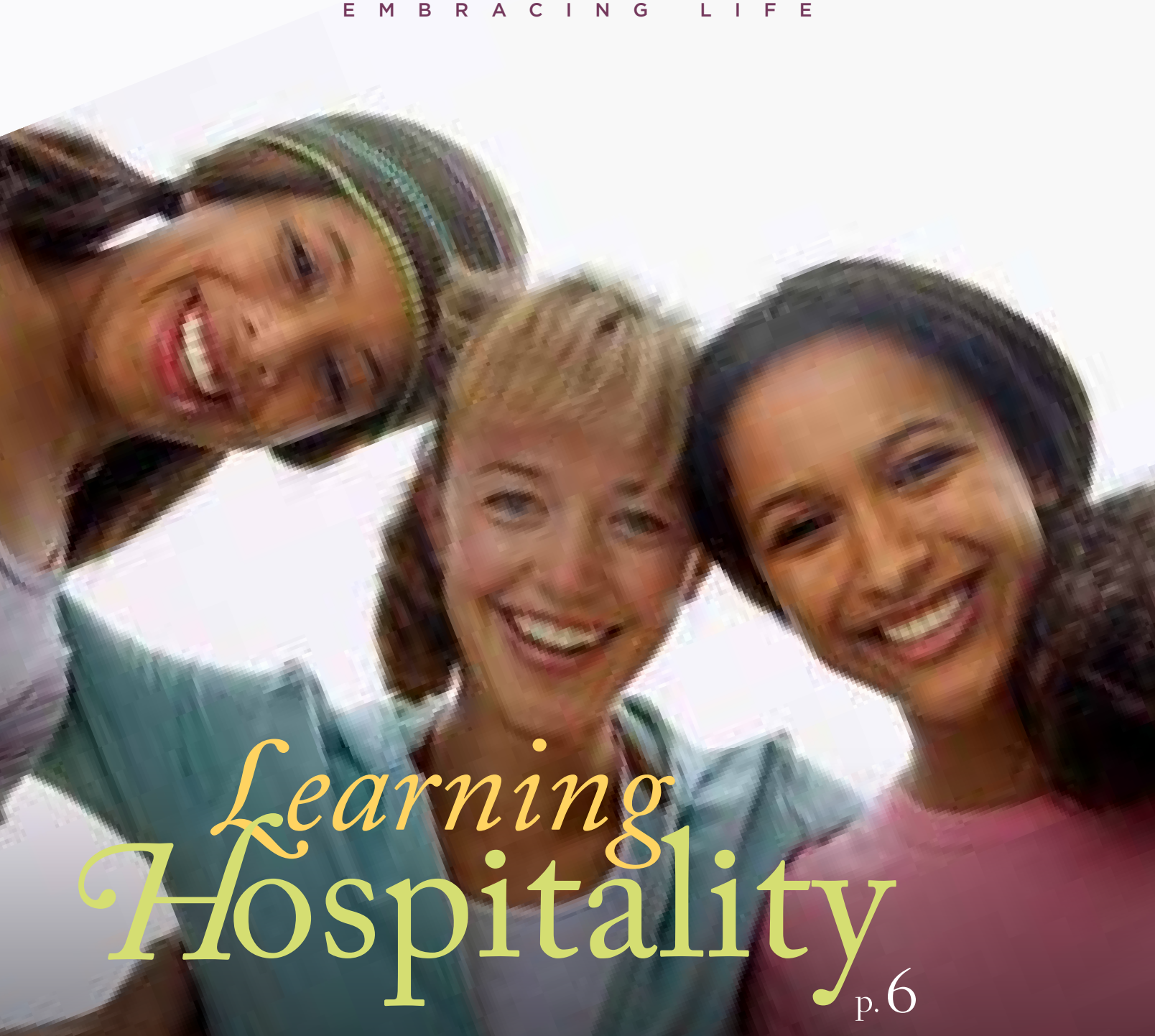


WINTER 2012

JUST+WOMEN

E M B R A C I N G L I F E



Learning Hospitality p. 6

Not in my
backyard

p. 4

It's about God's
timing

p. 12

A different kind
of roots

p. 14

An attitude
of gratitude

p. 24

Tiny woman, big mission

BY SHERRI WOOD EMMONS

When Itoko Maeda entered Joshi Sei Gakuin, a Christian Mission school in Tokyo, she had no idea how the experience would change her life.

As Itoko later recalled to her friend Marilynne Hill, her grandfather warned her, “Only get an education there. Do not get Christianity.” In 1930s Japan, Christianity was still a suspect religion of Westerners.

Yet before Itoko graduated from high school, she had been baptized and begun teaching a Sunday school class.

After graduation, she stayed at the high school, working as a receptionist. One of her teachers, Disciples missionary Jessie Trout, encouraged Itoko to continue her education. Trout even arranged for Itoko to receive a scholarship from the Disciples churches in Japan.

When she finished her college degree, Itoko returned to Joshi Sei Gakuin as a Bible teacher, just a few months before the Japanese air force bombed Pearl Harbor.

The next few years were difficult, Itoko told Hill. Students at the school were pressed into military service and war support. And, because she was affiliated with a Western, Christian school, Itoko came under suspicion, at times even being followed by military police.

With war’s end, she was invited to teach at a girls’ school in Tokyo, where she remained for six years until she unexpectedly received a scholarship to study in the United States. She was reluctant to accept the award. Her English was limited, and her family was in Japan. But, with encouragement from Trout, she took on the challenge, sailing for the U.S. in 1952.

Upon graduation from seminary, Itoko was ordained as a Disciples minister in 1956. At seminary, a staff person from

TO LEARN MORE

Information for this article was taken from *Itoko Maeda: Woman of Mission* by Marilynne Hill (Chalice Press, 1997).

Disciples headquarters in Indianapolis came to campus to recruit missionaries. Again, Itoko

hesitated. “Oh no, I can’t,” she said. “I’m not an American.”

Nonetheless, after graduation, Itoko accepted an assignment in Okinawa, Japan, where she established a school and worked with women’s groups.

After 10 years in Okinawa, Itoko felt it was time to move on. She returned to the U.S. to be a “missionary-in-residence” at an orientation center for new missionaries in New York. She stayed only a year before accepting a new assignment in South America, working with Japanese immigrants there. From a

“home base” in Paraguay, she traveled by bus to Peru, Argentina, Bolivia, and Brazil, working with churches and local women’s groups.

It was a dangerous time. Most of South America was ruled by military dictatorships, and foreigners were viewed with suspicion. “Never criticize the government,” she was warned by fellow missionaries Frisco and Bertha Gilchrist.

Itoko stayed in South America, living in Sao Paulo, Brazil, and then in rural Bolivia, for several years. She worked primarily with women in the Japanese Protestant church, promoting ecumenism wherever she went and helping to break down longstanding barriers between Protestants and Catholics. And while she sometimes felt isolated and lonely, especially during her time in Bolivia, she could see tangible evidence of her work in the lives she touched and the people she taught.

In 1976, Itoko received a letter inviting her to work in Indianapolis, doing education and interpretation for the Division of Overseas Ministries. She moved to Indianapolis and began a new stage in her career, assigning missionary speakers to churches and often traveling to churches around the country to speak of DOM’s work around the world.

During this time, she also represented the Disciples on an interdenominational committee that worked with Japanese people in the U.S. She discovered a significant community of Japanese in Indianapolis, mostly workers for Japanese companies and their wives. Itoko found that the wives often felt isolated and alone in the U.S., a sentiment she could understand.

And so began her final ministry, which she continued well into her retirement — establishing and leading study and social groups for Japanese women. Members of Downey Avenue Christian Church in Indianapolis grew accustomed to the sight of Itoko leading groups of Japanese women into worship. The visitors stayed until the sermon, when they retired to the parlor to hear Itoko preach in their native tongue.

Itoko Maeda died on July 24, 2008. Though tiny in stature, the dynamic woman from Japan touched thousands of lives across the globe, testimony to the adage: “Good things come in small packages.”



Mujer diminuta, misión grande

POR SHERRI WOOD EMMONS

Cuando Itoko Maeda comenzó sus estudios en Joshi Sei Gakuin, una escuela que formaba parte de una misión cristiana en Tokio, la joven japonesa no tenía la menor idea de cómo la experiencia cambiaría su vida.

Itoko le confió años después a su amiga Marilynne Hill que su abuelo le había avisado, “Deja sólo que te instruyan allí, no que te conviertan.” En el Japón de los 1930 todavía se consideraba al cristianismo una religión occidental que merecía sospecha.

Pero antes de graduarse del colegio, Itoko se había bautizado y ya estaba enseñando en la escuela dominical de su iglesia.

Itoko se quedó después de graduarse para trabajar como recepcionista en el colegio. Una maestra suya, Jessie Trout, una misionera de los Discípulos, le animó a continuar sus estudios. Trout aun le arregló una beca de las iglesias Discípulos en Japón.

Al terminar sus estudios universitarios, Itoko regresó a Joshi Sei Gakuin como maestra de Biblia pocos meses antes de que la fuerza aérea japonesa atacara el Puerto de la Perla en Hawaii.

Los próximos años fueron difíciles, como Itoko le explicó a Hill. El gobierno forzó a los alumnos a alistarse en las fuerzas armadas y a apoyar la guerra. Y como Itoko tenía vínculos con una escuela asociada con el Occidente, caía bajo la sospecha de las autoridades. A veces la vigilaba la policía militar.

Cuando acabó la guerra, Itoko aceptó un puesto como maestra en una escuela de niñas en Tokio, donde permaneció por seis años hasta recibir una beca para estudiar teología en Estados Unidos. Vacilaba en aceptar la beca porque no dominaba el inglés y porque sabía que estaría lejos de su familia en Japón. Sin embargo, como Trout le animaba a aprovechar la oportunidad, aceptó el reto y zarpó rumbo a Estados Unidos en 1952.

Al graduarse del seminario, Itoko fue ordenada como ministro de la iglesia Discípulos de Cristo en 1956. Mientras todavía realizaba sus estudios como seminarista, un empleado de la sede de los Discípulos en Indianápolis visitó el seminario para reclutar misioneros. Otra vez Itoko vaciló ante la oportunidad. “No puedo,” decía. “No soy norteamericana.”

Pero después de terminar sus estudios fue de misionera a Okinawa, Japón, donde estableció una escuela y trabajó con grupos de mujeres.

Después de 10 años en Okinawa, Itoko se sentía lista para un cambio. Regresó a Estados Unidos para trabajar como “misionera en residencia” en un centro de orientación para misioneros en Nueva York. Se quedó sólo un año antes de aceptar otro puesto como misionera en Sudamérica, donde trabajó con inmigrantes japoneses. De una base en Paraguay, viajaba a Perú, Argentina, Bolivia y Brasil para trabajar con iglesias y otra vez con grupos de mujeres.

Fueron tiempos peligrosos en América del Sur. La mayor parte del continente se encontraba bajo dictaduras militares que recelaban la presencia de extranjeros. Los misioneros Frisco y Bertha Gilchrist, compañeros de Itoko, le dijeron, “Cuidado que nunca critiques al gobierno.”

Itoko pasó varios años en Sudamérica, donde vivió en São Paulo, Brasil, y luego en zonas rurales de Bolivia. Trabajó principalmente con las mujeres de la Iglesia Protestante Japonesa. En su trabajo Itoko afirmaba el valor del ecumenismo y trataba de romper las barreras tradicionales entre protestantes y católicos.

Aunque a veces se sentía sola y aislada, especialmente durante su estadía en Bolivia, la misionera pudo ver los resultados tangibles de sus esfuerzos en las vidas que tocaba y en las personas que enseñaba.

En 1976 la División de Ministerios de Ultramar en Indianápolis invitó a Itoko a colaborar en proyectos de educación y traducción. Se mudó a Indiana para comenzar una nueva etapa en su carrera. En su nuevo puesto coordinaba las visitas de misioneros a congregaciones y con frecuencia hacía presentaciones en todo el país sobre los el trabajo mundial de la División de Ministerios de Ultramar.

Durante este período también participó como representante de los Discípulos en un comité ecuménico que trabajaba con japoneses residentes en Estados Unidos. Descubrió la existencia de una comunidad bastante grande de trabajadores japoneses y sus esposas en Indianápolis. Itoko vio que las esposas muchas veces se sentían solas y aisladas, sentimientos con los que ella fácilmente se identificaba.

Así que Itoko comenzó lo que sería su último ministerio, estableciendo y dirigiendo grupos sociales y de estudio para las japonesas del área.

Continuó este ministerio aun años después de jubilarse.

Los miembros de la Iglesia

Cristiana de la Avenida Downey en Indianápolis con frecuencia veían a Itoko con los grupos de japonesas que ella traía a los servicios. Las visitantes tenían la costumbre de quedarse en el santuario hasta el momento del sermón, cuando se dirigían a otra sala de la iglesia para escuchar un mensaje predicado por Itoko en su propia lengua.

Itoko Maeda murió el 24 de julio de 2008. A pesar de ser mujer de estatura muy pequeña, la dinámica japonesa logró tocar las vidas de miles de personas por todo el mundo.

PARA APRENDER MÁS

Este artículo se basa en el libro *Itoko Maeda: Mujer de misiones (Itoko Maeda: Woman of Mission)* por Marilynne Hill (Chalice, 1977).